

mana que se levantaba en la emancipada mente de los verdaderos helenos, su odio á representar la idea necesaria entonces, á saber, la idea del hombre opuesta de todo en todo por su carácter individualista y progresivo á la idea del panteísmo absorbente, material, hierático del Asia, que adoraba un término inferior del sér y de la vida, la Naturaleza y la materia; mas tanta resistencia fué vencida por el genio de Homero, quien trajo en su poema, no tan solo una poesía nueva, sino tambien una nueva religion, mas humana, mas progresiva, mas individualista que la religion hierática precedente, y este nuevo dogma suyo fué como el gérmen de aquella Grecia, que la humanidad adora todavía, de aquella Grecia que ofrece los altares formados de los bajos relieves incomparables, las aras destiladoras del hidromel divino, las estatuas perfectas, los templos y los intercolumnios que componen con sus líneas un ritmo y que alcanzan con su estética la eternidad, el canto lírico espaciado en estrofas cadenciosísimas, la tragedia clásica, la lengua inimitable, la filosofía luminosa, las arengas acabadas, los banquetes de ideas, la universal armonía por la cual suspira de nuevo el espíritu humano, pues aquella singular Atenas de la libertad, de la democracia y de la República es en la historia universal y en la sucesion de los siglos como el paraíso perdido del humano pensamiento.

Pero ¡ah! que mientras el Paganismo admitió la revolucion de Homero, no quiso el Catolicismo admitir la revolucion del arte. Dejó á los grandes pintores que levantarán la idea helénica en los altares, y no vió en esta idea helénica otra cosa mas que una mera forma externa, como si las formas pudieran separarse de las esencias y de las sustancias, de los ideales y de los espíritus. Cayó la Iglesia respecto al arte en error análogo al error de Savonarola y de Lutero, pues mientras estos combatían el genio plástico de su siglo con odio, anatematizándolo en sus furores monásticos, la Iglesia lo combatía con verdadera indiferencia, recluyéndolo en la region vacía de las formas vanas sin elevarlo al cielo eterno y hermoso de los verdaderos y santos ideales. Cuando yo veo la perfeccion, que, por aquel tiempo, alcanzamos en el arte; cuando considero aquellas ciclópeas figuras de Miguel Angel, representativas del crecimiento que han tenido el hombre y la humanidad en su tiempo; cuando recorro en la Sixtina el poema cíclico, que reúne desde las

llamas del infierno hasta la luz increada y el Verbo creador; cuando paso por las estancias, y las santas Vírgenes me recuerdan con su mirada celestial y divina las uranias helénicas, mientras las griegas musas purificadas me recuerdan los dioses paganos bautizados por el agua lustral del Cristianismo; cuando escucho como dos coros que se confunden las proféticas palabras de Isaías que tantas veces oyera en la iglesia de mi pueblo mezcladas con los cánticos sibilinos de la maga de Cumas que tantas veces oyera Virgilio por las colinas del Pausilipo; cuando veo juntos los discípulos de los filósofos griegos y los discípulos de los doctores cristianos bajo la misma techumbre y frente á frente; cuando contemplo la Virgen madre al lado de la Psiquis y de la Galatea santificadas, el Baco de Vinci asistiendo al refloreamiento de la naturaleza universal y la Transfiguracion de Rafael representando la metamorfosis progresiva del espíritu en aquel Thabor de la historia; cuando paso con mi recuerdo del Moisés de San Pietro in Vincoli que trae la tempestad del Sinaí en su titánica fuente á la Cena de Milan que os habla de los banquetes de Platon y que os sugiere las ideas de la antigua Academia, proclamo extático ante la perfeccion de tales imperecederos séres cómo hay en ellos, no solo un simbolismo externo y una serie de formas plásticas mas ó menos perfectas, sino tambien el ideal de una doctrina verdaderamente digna de Dios, porque consagra en todos sus aspectos y bajo todas sus fases la naturaleza del hombre.

¿Qué idea sustituyó á este ideal humano y luminoso? Pues le sustituyó el jesuitismo, es decir, la reaccion implacable contra el dogma rejuvenecido, contra el arte nuevo, contra la ciencia humana. El jesuitismo es la retrogradacion religiosa hácia la Edad media. Y como quiera que los ideales de la Edad media están apagados y extintos; como quiera que la fe de la Edad media con su candor antiguo ha desaparecido; como quiera que la herejía, antes ahogada, ha tomado carta de naturaleza en las primeras naciones europeas; el jesuitismo no vuelve hácia los ideales, hácia el espíritu, hácia el alma de lo pasado, sino hácia el organismo externo, la forma vacía, la fuerza material, la autoridad política, y el absolutismo protervo de los pontífices romanos, á todo lo contrario de la religion que debió fundarse uniendo la democracia social de San Francisco, la moral y la teología evangélicas de Savonarola, y la universalidad de Vinci, Buonaroti, Rafael, la universalidad

del Renacimiento. El Dios jesuítico suprime la naturaleza humana, como el Dios asiático. Para conocerlo hay que apagar la razón libre, como para imitarlo hay que ahogar la libre voluntad. El probabilismo, doctrina escéptica, la cual comienza por extinguir el humano criterio, como no conoce la diferencia entre la verdad y el error, apenas conoce, á su vez, la diferencia entre el mal y el bien. Las dos ciudades erigidas sobre dos eminencias de altura idéntica, gobernadas por dos genios de igual poder, acusan triste dualismo persa, tan erróneo como el dogma fundamentalmente maniqueo de los antiguos albigenses, que convierte la vida en guerra sin tregua y el Universo en campo de batalla sin salida. El Cristo, humilde, manso, caritativo, cuya gran virtud es el amor, cuya espada única la palabra, cuyo ejército el apostolado, que acepta con resignación todos los dolores por salvar á sus semejantes; que suda en el Huerto la propia sangre por estancar la sangre ajena; que hace á Pedro envainar la espada en la hora de su prendimiento é intercede con su Padre celestial por los mismos que lo crucifican en la hora de su agonía; truecense, dentro de la doctrina de Ignacio, en una especie de capitán armado de todas armas, apercebido al combate, connaturalizado con la guerra, y que llevando en la una mano su espada y en la otra su bandera, encabeza y dirige formidable colosal ejército á la matanza. Y después de todo esto no tiene otra cosa que oponer á la Reforma, cuya doctrina consagra el principio del exámen libre y de la libre conciencia; no tiene que oponer otra cosa al Renacimiento, cuyo espíritu consagra la universalidad del arte y de la ciencia y admite los confluente de todas las ideas en el océano de la divinidad; no tiene que oponer á todas estas grandezas, como enemigo irreconciliable que será siempre del humano progreso, ninguna otra cosa más que su ejército mecánico, silencioso, sumiso, enajenado del pensamiento propio y de la propia voluntad, compuesto de cadáveres movientes, con tristes sombras por almas y absurdas entelequias por ideas. Comparad el espíritu estrecho de los jesuitas, su ciencia de probabilidades, su moral de componendas, su fárrago de escolios, su arte parecido á la industria, sus templos de aparato, sus filósofos de compilación, sus retóricos y sus poetas de artificio con la democracia de Asís, con la doctrina de Savonarola, con la pintura de Rafael, con las construcciones de Bramante; y decidme si es verdad ó no que se

apodera la decadencia del mundo en cuanto se apodera tan negra sociedad del humano espíritu

Comparad aquellos hombres del Renacimiento, que solo pueden competir con los hombres de Grecia; comparad los que han deletreado el cielo y descubierto el Nuevo Mundo; los que han traído á la vida la naturaleza de América y la historia de Grecia; los que han levantado en pedestales semejantes á cincelada joya las estatuas helénicas y les han puesto la luz del libre pensamiento en las sienas; comparad los que han hecho la República en Florencia y han dejado los ejemplares de sus artes en Roma, comparadlos en la plenitud de su vida, en la grandeza de su alma, en la vitalidad de su sentimiento, con los pálidos sacerdotes de la decadencia universal; y decidme si aquellos no parecen los Hércules que han limpiado la tierra de monstruos, los Argonautas que han recorrido los mares de luz en naves aureas, los músicos que han levantado con sus liras esos ritmos de piedra en las colinas de Atenas; mientras los reaccionarios, los conjurados contra la libertad, los enemigos del pensamiento, los condenados por el progreso, parecen á una con su alma helada y su mirar fosfórico, los buhos nocturnos y solitarios, levantados sobre las ruinas en la desolación universal. Ellos han sido los grandes manipuladores del Concilio de Trento, que ha fundado definitivamente el absolutismo eclesiástico, tan siniestro de suyo, y tan nefasto para la humanidad como para la Iglesia. El Concilio de Trento es su obra; y el Concilio de Trento es la Asamblea suicida, que mata el sistema parlamentario dentro del catolicismo; y al matar el sistema parlamentario dentro del catolicismo extirpa la esperanza de todo progreso católico y declara que no puede salir una nueva idea del seno de la Iglesia sin romper su organismo y extinguir su alma. La última legislatura del Concilio, en que todo lo dirigen el jesuitismo y sus grandes protectores ¡ay! reduce la religión á una sirte de intrigas. Luchas entre los reyes de Francia y España, como si Trento fuera un campo de batalla; seducciones y halagos á los obispos de parte del Pontificado, que llega hasta la simonía y el cohecho; intrigas de bávaros y austriacos; maquiavélicas componendas del cardenal Morone, rígido protector de los jesuitas, con el Emperador Fernando, patriarca de la más reaccionaria dinastía europea; fórmulas siniestras de Salmeron y de Lainez componen la